

MARIO SOARES

Nuevo Portugal, nueva España

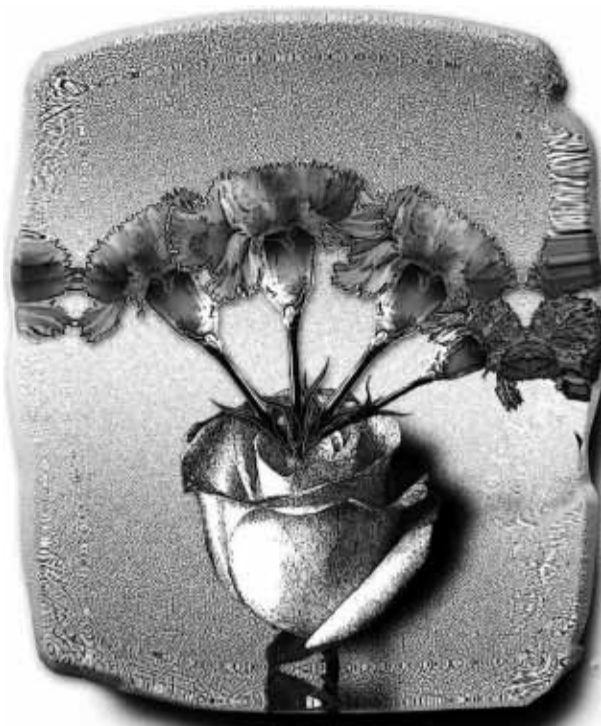
Portugal ha celebrado el trigésimo primer aniversario de la revolución de los claveles en un ambiente político y social distendiéndose que corrobora la idea de que las elecciones parlamentarias del pasado 20 de febrero han inaugurado un nuevo ciclo de la vida portuguesa. Naturalmente, los innumerables y graves problemas ya existentes—como el déficit económico, por ejemplo, o el crecimiento económico moderado de los últimos tres años—no se eclipsarán de un día para otro como por ensalmo. Persisten, ciertamente, pero en la actualidad se encaran desde un nuevo punto de vista menos envarado y acongojado y en el marco de un horizonte de fondo de cuatro años—el plazo de una nueva legislatura—con perspectiva suficiente para alcanzar su superación o solución.

En el plano político, el hecho más significativo ha venido dado por el eclipse—incluso la desaparición—de la Coalición Conservadora formada por el PSD y el PP que ha gobernado Portugal del 6 de abril del 2002 al 20 de febrero del 2005 con dos sucesivos primeros ministros: José Manuel Durão Barroso, actual presidente de la Comisión Europea, y tras la abrupta salida de éste, Pedro Santana Lopes. Y la consiguiente victoria de la izquierda, con un partido socialista en el Gobierno, por primera vez mayoritario, un PCP que detuvo su declive y un bloque de izquierdas que mostró un auge espectacular, representando en conjunto casi un 60% del electorado.

Curiosamente, los dos partidos tradicionales de la derecha, pese a hallarse coaligados en el Gobierno, concurren a las elecciones por separado, factor que ya en sí mismo constituyó una mala señal. Tras la histórica derrota de ambos se deshizo la coalición y, en el curso de sucesivos congresos de los partidos, cambiaron los líderes respectivos: en el PPD/PSD Marques Mendes, crítico confeso de la Coalición Conservadora, sustituyó al errático Pedro Santana Lopes, primer ministro durante cuatro meses escasos; en el PP, que acentuó nuevamente su vertiente democristiana Ribeiro e Castro, diputado europeo, sustituyó al impetuoso y vehemente Paulo Portas, antiguo ministro de Defensa.

De esta forma, por extraño que parezca, ninguno de los dos partidos de la antigua y derrotada coalición reivindica actualmente la derecha pura y dura: el PSD acentuó su componente centrista, llamada socialdemócrata, y el PP parece haber abandonado su vertiente populista

MARIO SOARES, *presidente de Portugal entre los años 1986 y 1996*



JAVIER AGUILAR

**ES JUSTO ADMITIR QUE
ambos países, tantos siglos
de espaldas, vivan una nueva
situación modificada por el
advenimiento de la democracia**

y demagógica para resituarse en el cómodo y ambiguo bienestar, fruto un tanto tardío de la democracia cristiana...

La cuestión es que treinta y un años después de la revolución de Abril (1974) que cortó de raíz la dictadura caetano-salazarista, la derecha portuguesa que, incluso antes de las elecciones de febrero del 2005 e imbuida de un preocupante talante próximo al *revival* anunciaba su *refundición* en medio de sonos de clarines y trompetas, volvió a desvanecerse, sepultada por el colosal desastre que constituyeron los gobiernos de Durão Barroso, Portas y Santana. Lo que tampoco representa, desde un punto de vista de la izquierda, forzosamente, una buena cosa porque un partido responsable y que asume la causa de la derecha pero republicano y democrático en el plano institucional es necesario en el abanico político portugués para garantizar el principio—fundamental en demo-

cracia—de la alternancia democrática.

El partido socialista, cuyo secretario general elegido por votación directa de los militantes es José Sócrates, actual primer ministro, se hizo cargo del nuevo Gobierno, compuesto de socialistas e independientes, de reconocida competencia profesional, dotado de representación, acentuada cordura y sensatez, abierto de miras y eficacia patente. Desde entonces, su rumbo ha discurredo en lo que suele denominarse *estado de gracia*. Sus primeras medidas fueron bien acogidas por la opinión pública. De ahí que se generara—fundada y plausiblemente—la positiva expectativa de que el nuevo ciclo político inaugurado por las elecciones de febrero representa un nuevo *impulso*, moderado y progresista, en la línea de la revolución de los claveles, cuyos objetivos se cifran entre otros en un progreso sostenido de dimensión y sensibilidad social y medioambiental, rigor financiero con sus fases correspondientes, a cuatro años vista, y la aplicación de políticas sociales, de empleo, cultura, ciencia, nuevas tecnologías, justicia e inclusión de los más pobres e inmigración.

Sócrates definió a España como principal prioridad de una política exterior portuguesa—el desarrollo integrado y equilibrado del mercado ibérico sin olvidar un intenso intercambio cultural, científico y tecnológico—naturalmente en el ámbito de la Unión Europea a la que ambos países pertenecen y asimismo en la convergencia de políticas orientadas a Iberoamérica, el Atlántico y el área del Mediterráneo. Fue altamente significativo que el primer viaje oficial del primer ministro portugués fuera a Madrid, donde celebró conversaciones extremadamente cordiales con el presidente español, José Luis Rodríguez Zapatero—en una gran sintonía de posturas político-ideológicas que es menester subrayar—, y visitó también a Su Majestad el rey Juan Carlos I.

En consecuencia, resulta justo y legítimo admitir que Portugal y España—que a lo largo de tantos siglos han vivido de espaldas, incluso durante la vigencia del Pacto Ibérico de Salazar y Franco—protagonicen una situación modificada positivamente por el advenimiento de la democracia en ambos estados peninsulares y entren ahora en una fase de relaciones más intensas y fecundas. Circunstancia hoy factible por la condición que en ambos concurre de ser sólidas democracias, en el marco de la Unión Europea, y de ser España un país descentralizado, abierto al reconocimiento de las nacionalidades históricas y en vías de superar el viejo centralismo hegemónico de Castilla...●

Traducción: José María Puig de la Bellacasa

BALTASAR PORCEL

La casa sin gato

Juan Pedro Quiñero pronuncia en el Ateneu una charla sobre *la inexistencia de España*, cree que el cainismo genera aquí la mayor actividad ideológica. Y añade algo muy interesante: "Estatut, unidad, Constitución, muy bien, pero me atraen poco, lo deseable sería que cada nacionalidad, idioma, persona, de la llamada España pudiera desarrollar libremente su propio ser cultural y político". El público, que parecía estar de acuerdo, divaga y acaba lamentando que Portugal no regrese al seno común español. Quiñero calla. Yo me voy contento, me gusta el surrealismo. Luego, cenamos en la plaza Reial, su orden arquitectónico y su fauna humana. En la mesa, Oriol Bohigas, Maria del Mar Arnús, Jordi Coca, Beth Galí, Marc Soler, Maria Angels Roque, el Conde de Sert, Quiñero y un servidor. Galí dice algo exacto sobre la Catalunya actual: "Hay muchos cargos y ninguna jerarquización". Y es que cuando el gato no está, las ratas andan sueltas. En su reciente libro, Francesc-Marc Álvaro da la vuelta a la sentencia de Fuster de que éramos un país sin una política, diciendo que somos una política que va sola, sin saber cuál es su país. Luego surge el feroz artículo de Bru de Sala sobre el ya añejo *genocidio* que perpetró TV3 con la cultura catalana. Sí, somos una casa sin gato.

Aunque se están dando nuevos matices: hasta hace poco, en el ambiente que se cree al loro imperaba junto al desánimo un atontamiento ideológico y cobardón, mientras que ahora ya hay gente que denuncia la situación con claridad y valor. Y hay síntomas de que la cosa se extiende a eso del *ja, ja, ji, ji* mediático, donde se ha cifrado el listón cultural público del país y cuyos contenidos y expresión tanto se parecen al cine aquel español de alpargata, chabacano y gracioso. Que fue barrido. Y es que el proceso lógico de esos fenómenos consiste en empujar por cualquier *movida* epidérmica y deslenguada para acabar en la excelencia. El ejemplo Almodóvar. Pero a aquel cine lo barría la democracia, mientras en Catalunya la democracia aporta degeneración. Y contumaz. Aunque la caída de un *Crónicas marcianas* prueba que la eternidad no existe.

Sin embargo, España existe, sobre todo en Catalunya, donde celebramos con más entusiasmo que nadie en toda la Hispanidad el IV centenario del *Quijote*. Pero quien refulgió en nuestra alegre cena fue el alcalde de Pontons, convertido en *superstar* por obra y gracia del alud precisamente mediático, radiotelevisivo a tope. Y si esto demuestra que aquí soltando cuatro chorradas progres o reactivas se puede alcanzar la apoteosis, acaso también patentiza que el globo de tan hinchado va y explota.●

DEBATE *El reto de la inmigración* / RICARD ZAPATA-BARRERO

Ciudadanismo

Prácticamente casi todas las administraciones y colectivos implicados en la gestión de la multiculturalidad están convencidos de haber encontrado un enfoque adecuado para interpretar el proceso en el que nos encontramos y orientar sus prácticas: el enfoque de la ciudadanía. Quisiera apoyar este enfoque expresando una preocupación. La realidad discursiva sobre la inmigración abusa tanto del término ciudadanía que la propia noción corre el mismo peligro que el de integración: designa realidades tan dispares que el enfoque mismo puede sucumbir al populismo fácil e inconsciente, o lo que denominaré *ciudadanismo*.

Detrás de esta nueva retórica de la inmigración existe un *ciudadanismo* de izquierdas y un *ciudadanismo* de derechas. El resultado es el mismo: la instrumentaliza-

RICARD ZAPATA-BARRERO,
profesor de Teoría Política de la UPF

ción política del concepto de ciudadanía; usar el concepto de ciudadanía no como finalidad, sino como un medio que esconde otras intenciones. El *ciudadanismo* es, de hecho, una *democracia mal entendida*. Pretende dirigirse al interés de la sociedad, pero en realidad se dirige a un sector de la sociedad (al inmigrante no ciudadano, por ejemplo) que se enfrenta a otro sector (al ciudadano votante, por ejemplo). El *ciudadanismo* no es un discurso vertebrador, sino que invertebra la sociedad. El discurso *ciudadanista* tiene una función reactiva para el discurso, puesto que construye sus argumentos centrándose en las quejas con el objetivo de que se traduzcan en acción social contra otros sectores de la sociedad, confundiendo la realidad y el ideal de la sociedad, sedando la responsabilidad social y política que requieren estos temas que tienen efectos inmediatos sobre la estabilidad y la cohesión sociales. El *ciudadanismo* esencializa los

intereses/necesidades del ciudadano y del inmigrante. Las necesidades se crean y son siempre resultado de un proceso. Por lo tanto, son cambiables. El debate sobre la inmigración y la ciudadanía necesita una teoría de las necesidades y de los intereses para poder orientar los discursos que se están dando. El interés del ciudadano o del inmigrante no tiene necesariamente el estatuto de verdad democrática. Usar el argumento de la ciudadanía para dar estatuto de legitimidad a una propuesta es una práctica discursiva *ciudadanista*. Construir argumentos hasta el extremo que las necesidades de unos (ciudadanos o inmigrantes) son incompatibles con las necesidades (sociales, culturales, económicas) de otros es también una forma de *ciudadanismo*.

El *ciudadanismo* de izquierdas tiene detrás un discurso del inmigrante *bueno*, es paternalista en actitud, y genera un sistema de argumentación que va de un exotismo

decimonónico (el inmigrante-primitivo-que-debe-ser-civilizado) a un intelectualismo (el que razona siguiendo una lógica del nosotros y del ellos, y los debates nominalistas que pierden el sentido de la realidad). El *ciudadanismo* de derechas construye discursos protectivos de los derechos sociales adquiridos (¿quién lo iba a decir!), se nutre de las emociones desorientadas que tiene la ciudadanía, y tiene un lenguaje donde mezcla la protección de la identidad nacional con la seguridad física y el mantenimiento de la estabilidad.

El enfoque de la ciudadanía que están siguiendo los principales discursos sociales y políticos, los discursos institucionales y administrativos, tiene este nuevo *ismo* que, en lugar de solucionar un problema, puede llegar a formar parte de un nuevo problema que resolver en esta larga marcha del proceso de multiculturalidad de nuestras sociedades pensadas iniciales bajo un patrón monocultural.●

grupoGodó

Presidente
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Carlos Godó Valls
Director General de Presidencia: Josep Caminal
Director General Corporativo: Carlos Gutiérrez
Director General de Negocios: Jaume Gurt
Director de Comunicación: Muriel Carol

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Director General: Pere Caba
Director General Adjunto: Joan Angulo
Director de Operaciones: Enric Peradejordi
Director de Marketing: Pere Guardiola
Director de Ventas: Javier Gallego
Director de Recursos Humanos: Joan Buj
Director de Sistemas: Francesc Teixidó
Controller: David Carrión
Controller Comercial: Xavier Martín